NARCOCULTURA

Masculinidad precaria, violencia y espectáculo

Este libro no podrá ser reproducido,
ni total ni parcialmente, sin el previo
permiso escrito del editor. Todos los
derechos reservados.

© 2024, Ainhoa Vásquez Mejías
Derechos exclusivos de edición
© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso,
Providencia, Santiago de Chile

Fotografía de portada: Alejandro Olivares @aleolivares
Diseño de portada: Isabel de la Fuente

1ª edición: marzo de 2024

RPI: 2024-A-756
ISBN: 978-956-6195-83-2

Impreso en: CyC Impresores Ltda.

NARCOCULTURA

Masculinidad precaria, violencia y espectáculo

AINHOA VÁSQUEZ MEJÍAS

PAIDÓS

A mis estudiantes del Colegio de Letras Hispánicas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Gracias por acompañarme en este debate, en estas reflexiones. Gracias por cuestionarme y obligarme siempre a encontrar mejores respuestas. Gracias porque nunca me han dejado perder la esperanza.

Índice

Agradecimientos 11
Introducción 13

CAPÍTULO 1
El espectáculo de la narcovirilidad 25

Narcoespectáculo a la chilena 27
El video que lo cambió todo: La historia del Güero Palma 29
El Blog del Narco, la red social de los criminales 32
Una historia antigua, los narcos de bajo perfil 35
Los narcocorridos como cartografía de estos cambios 39
Narcosimulación como respuesta al juvenicidio 48
El narcotrap chileno 56
Y la masculinidad 63

CAPÍTULO 2
Prácticas y ritos en la narcocultura 67

Buscar la identidad 69
Ritos de iniciación en el narcomundo 75
Asesinatos brutales 83
Narcofunerales: Morir sin ley 90
Narcomausoleos: Las animitas fastuosas 95
Los muertos "para'os" 98
Narcogramática 101
Los Robin Hood 105

CAPÍTULO 3

Vulnerabilidades y fugas en un narcomundo de machos **113**

Los narcos también rezan 115
Jesús Malverde, el bandido generoso 117
La Santa Muerte 122
Angelito negro 129
Narcosatánicos de México y el mundo 131
San Nazario, el narco que se hizo santo 135
Los narcos también rezan a santos oficiales 138
Poderosas mujeres del narcomundo 143
Las líderes del narco 149
Amanda Huasaf, la verdadera jefa de jefes 153
De otras narco-Barbies, narcorreinas y líderes mediáticas 162
Masculinidades disidentes 166
Masculinidades del *bling bling* 168

Ojalá tuviera conclusiones 173
Bibliografía 183

Agradecimientos

Un libro nunca se escribe solo. A pesar de ser una actividad solitaria, ninguna letra sería posible sin mucha gente que te anima y te acompaña. Soy muy afortunada de tener a muchas personas en mi camino que cumplen ese papel. Agradezco a mi familia, que incluso estando lejos se las arregla constantemente para estar presente. Gracias a mis amigos en España: Javier, Fernanda, Sai y Lorena por las conversaciones en medio del calor madrileño en el que comenzó a gestarse este texto. Gracias a mis amigas en México, mujeres valientes, inteligentes y fuertes: Lola, Vele, Coco, María, Gilda y Saraí. Gracias a los compañeros que me devuelven el amor por la academia y la fe en que todavía podemos hacer cosas: Hugo, Ramón, Felipe, Hermann. Gracias a mis amigos y a mis amigas chilenas que llegaron a México y transformaron este país en el lugar más feliz: Hellen, Bea, Pablo, Estefa, Edu, Pepa, Nati, Ángela y Emilio. Gracias a esa parte de mí que está en Chile, pero que se queda conmigo siempre: Vicente, Carlos, Rubí, Lore, las ñustas. Finalmente, agradezco de manera especial al Fondecyt 1220316 "El relato narcoandino: Narrativas del narcotráfico en la triple frontera de Chile, Perú y Bolivia", proyecto en el que se enmarca este escrito.

Introducción

El narcomundo es un hábitat masculino y los narcos son machos hiperviolentos. No hay nada nuevo en la afirmación con la que quiero partir este libro. A simple vista, los datos lo confirman: hay muy pocas mujeres, tanto en Chile como en México —y en Latinoamérica entera— que hayan resaltado como figuras imponentes en el crimen organizado. El estereotipo de género lo refuerza, porque se asume que la acción, la osadía y la violencia son atributos masculinos, mientras las mujeres cumplen roles pasivos, domésticos y de cuidado; la capacidad de hacer daño o de ser agresivas es casi nula o, al menos, un caso muy aislado para la esencia femenina. Los hombres pueden ingresar en el narcotráfico y tomar conductas de riesgo para probar su hombría, lo que se traduce en poder y en un ejercicio constante de la violencia. Las mujeres en este ecosistema, en cambio, pueden adoptar papeles subordinados, pero es importante que nunca demuestren iniciativa ni mucha agencia. No vayan a querer suplir al macho.

La segunda premisa de este libro sigue la misma línea. No es algo original, sino un secreto a voces: los hombres que habitan el narcomundo son machos en precario. Espero no caer en la densidad teórica, porque en realidad es algo simple, pero para empezar a hablar de los machos en precario primero hay que contraponerlos. El antónimo de un macho precario es un macho en propiedad, que se caracteriza por

haber interiorizado desde siempre la consigna de que es importante solo por haber nacido con un aparato reproductor masculino. No tiene que demostrarle nada a nadie: ser macho es un hecho irrefutable, cree que ninguna persona puede dudar de su infinita testosterona. El macho en precario, por el contrario, no está tan seguro de serlo, de alguna manera sospecha de sí mismo. El modelo de la virilidad a veces no es tan fácil de seguir, los otros hombres observan con sospecha, evalúan y juzgan, se corre el riesgo de ser expulsado del club, la identidad tambalea.

Simple, pero increíble, es que en pleno siglo xxi, Josep Vicent Marqués, uno de los principales teóricos de las masculinidades del siglo pasado, todavía tenga razón con respecto a los varones precarios y en propiedad.[1] Seguramente, si estuviera vivo, el narcomundo hubiera sido uno de sus casos de estudio, porque habitar este espacio, adoptar esta vida, implica estar constantemente a prueba, vivir con miedo a no alcanzar las expectativas de los pares muy machos. Esta angustia ante el posible fracaso del estereotipo es lo que provoca una performatividad del género. Si no se es tan viril, si los mismos hombres dudan de serlo porque recelan de ajustarse al molde, lo que queda es la apariencia, la representación de que sí se es, un show en el que no importan las consecuencias, pero en el cual sí son fundamentales los testigos.

Tercera premisa: nosotros somos los testigos. Los varones con masculinidad frágil son extremadamente peligrosos porque viven con la necesidad de demostrar lo machos que son. Se sienten expuestos todo el tiempo, piensan que alguien descubrirá que no son lo suficientemente poderosos, importantes y dominantes, que no merecen ser llamados

[1] Los conceptos de *macho en precario* y *macho en propiedad* son suyos. Marqués, Josep Vicent. "Varón y patriarcado". *Masculinidades: Poder y crisis*. Editado por Teresa Valdés y José Olavarría, Isis Internacional, 1997.

hombres. Por eso la solución irracional es exhibir lo que no se es, incluso a quienes no quieren verlo (seguro con mayor razón a quienes no quieren verlo). Los narcos ostentan los rasgos más preponderantes de una masculinidad tóxica no solo para sus pares. La performance es para nosotros, que nunca pedimos verlos, de ahí la mega visibilidad actual de su comportamiento, sus características, sus ritos y sus costumbres. Quieren ser vistos, porque esa es la forma de validarse en su precariedad.

Los argumentos simplistas, maniqueos y mediáticos nos han hecho creer que quienes ingresan en la industria del narco lo hacen motivados por un interés económico. La promesa capitalista es innegable, por supuesto, pero es uno de los múltiples afanes. Hay intereses mucho más profundos en los jóvenes que quieren hacer de la violencia su estilo de vida. Sin querer caer en generalizaciones ni estigmatizaciones, el perfil de los jóvenes narcos es bastante claro. Generalmente son sujetos marginalizados que han crecido en lugares apartados y en condiciones económicas y educativas deficientes, lo que se traduce también en vivir una masculinidad vulnerable. Frente al problema económico y de oportunidades, no pueden asumir el rol estereotípico de proveedores, no se sienten poderosos ni importantes. Ingresar al narcomundo les da la sensación de serlo. A la par, encuentran a otros hombres como ellos para generar una pandilla, una homosociabilidad, como lo denominó, entre otros, Jean Lipman-Blumen para definir las alianzas que se generan entre hombres en grupos y contextos determinados.[2] De considerarse a sí mismos como seres prescindibles se unen a otros por lazos viriles, se transforman en tipos poderosos, que se creen valientes y

[2] Lipman-Blumen, Jean. "Toward a homosocial theory of sex roles: An explanation of the sex segregation of social institutions". *Signs*, vol. 1, no. 3, 1976, pp. 15-31.

arriesgados, que desafían la muerte y que, además, tienen el poder adquisitivo para convertirse en los machos del modelo; obtienen el paquete completo.

Sumamos a esto un nuevo problema, porque esta masculinidad adquirida no deja de ser muy frágil. Como notaba Rita Segato, quien vive su hombría en precario tiene clarísimo que en cualquier momento puede perderla, y es por esta incertidumbre que el espectáculo se vuelve más enfático.[3] Los machos en precario deben estar todo el tiempo probando que sí merecen pertenecer al club viril y, para ello, acentúan sus características. La violencia se vuelve uno de los ejes más importantes en ese sentido, como rasgo de la hombría y como mecanismo para mantener aquello que creen no merecer. Quizás por esto hoy estamos más expuestos que nunca a esta hiperviolencia. Desde hace algunos años nos hemos convertido en espectadores, en testigos de esa escenografía de la virilidad en contra de nuestra voluntad. Se nos ha obligado a ser agentes de validación de esa masculinidad precaria. A través de redes sociales, blogs, y en complicidad con la prensa, todos hemos terminado siendo parte de este narco-macho-espectáculo. Todos nos hemos involucrado de un modo u otro con la narcocultura.

Narcocultura es una palabra reciente, tan reciente que todos hablamos de ella, pero que realmente entendemos muy poco. Las confusiones abundan. Sabemos lo básico de la pregunta y así la usamos: tiene que ver con la cultura y tiene que ver con el narcotráfico. Se enmaraña con las ficciones, otras veces con el mismo narcotráfico o con la estética que se le asocia. De esas incertidumbres están llenos los trabajos académicos, las notas en medios de comunicación y los reportes policiales. Esto es un peligro. Lo único que trae esta mezcolanza son

[3] Segato, Rita. *Las estructuras elementales de la violencia*. Universidad Nacional de Quilmes, 2003.

nuevas interrogantes y cortinas de humo, e implica que somos incapaces de enfocar los objetivos que queremos perseguir.

Narcotráfico no es igual que narcocultura. Los narcotraficantes nos han envuelto en su espectáculo, no en su negocio. Como espectadores tenemos la parafernalia, no los réditos económicos. El narcotráfico es una industria que involucra desde los cultivadores y fabricantes hasta los consumidores, pasando por distribuidores, transportistas, abogados, empresarios que lavan el dinero e, incluso, políticos coludidos. En esta cadena algunos se vuelven millonarios, mientras la mayoría de la población sufre los efectos negativos que conlleva. El narcotráfico es un negocio criminal y sanguinario que ha traído consecuencias, como el incremento de la violencia con resultado de muerte, el aumento de la paralegalidad, del miedo de la población a ser víctimas, la pérdida de la soberanía de las naciones y el ingreso cada vez mayor de jóvenes en bandas organizadas. También ha propiciado otros delitos, como la trata de mujeres y niños, el tráfico de órganos, entre otros crímenes terribles.

El narcotráfico es un problema sumamente concreto y real. Lo que se ha transformado, en cambio, es el modo en el que convivimos con este problema, justamente, lo que hoy llamamos narcocultura. Hasta no mucho tiempo atrás, los miembros de estos grupos criminales solían ocultar sus actividades ilegales. Se escondían entre la gente común, disimulaban sus acciones. Las fachadas para este fin eran múltiples. Podríamos decir que eran machos en propiedad que no necesitaban de testigos para probar su hombría. Sin embargo, en las últimas décadas esto se ha revertido de manera escandalosa. Las bandas delictivas hacen alarde de su participación en los ilícitos, buscan volverse visibles y resaltar en la población, y para ello han adoptado un estilo de vida particular y muy llamativo; la narcocultura es esta expresión.

Cultura, en la definición más básica del diccionario, son todas aquellas manifestaciones (costumbres, creencias, prácticas, códigos, rituales) que caracterizan a una sociedad o a un grupo determinado. Cada grupo tiene una forma de habitar el mundo, su propia cultura; cultura sin la etiqueta elitista de que solamente puede tenerla quien goza de una posición social de privilegio, educación y dinero. Narcocultura, en esta misma línea, es el peculiar estilo que rodea a los narcotraficantes, sean estos capos (los jefes), traquetos (mandos medios), sicarios (gatilleros), buchonas (mujeres vinculadas a ellos) o distribuidores. Un conjunto de prácticas y ritos que los han vuelto identificables son los funerales con bandas y disparos al aire, las tumbas fastuosas, la devoción hacia imágenes paganas y una estética (narcoestética) muy particular, que incluye pulseras y cadenas de oro, camionetas enormes y vestimenta de marcas exclusivas.

La narcocultura son los hábitos, las normas y los códigos que surgen y comparten los grupos delictivos. Es una visión de mundo particular que implica un sistema de creencias, valores (antivalores), usos y costumbres.[4] La finalidad es muy clara y se expresa en dos vertientes que tienen que ver con el problema de la masculinidad precaria. La primera es crear una identidad entre ellos: la homosociabilidad implica generar lazos entre pares para confirmarse y demostrarse mutuamente lo machos que son. La segunda es ostentar esa virilidad (traducido en poder y violencia) hacia quienes los observan desde fuera del grupo, sean rivales, gobiernos o población en general. Esto es lo novedoso del problema del

[4] Quienes han definido muy bien el término son Ganter, Rodrigo. "Narcocultura y signos de transfronterización en Santiago de Chile". *Mitologías hoy*, vol. 14, 2016, pp. 287-302; Ovalle, Lilian Paola. "Las fronteras de la narcocultura". *La frontera interpretada: Procesos culturales en la frontera noroeste de México. Editado* por Everardo Garduño y otros, Conaculta y Centro Cultural Tijuana, 2005; Valenzuela Arce, José Manuel. *Jefe de jefes: Corridos y narcocultura en México*. Plaza & Janés, 2002.

narcotráfico: que sus protagonistas han hecho muy visible su comportamiento, que incluye hábitos cuyo espectro abarca aspectos estéticos, económicos y religiosos, entre otros. Lo privado se ha convertido en algo público y se ha extendido por el mundo.

La narcocultura hoy no es privativa de México. Varios académicos, entre ellos Jorge Sánchez Godoy[5] y Nery Córdova,[6] aseguran que la narcocultura, aunque ahora es realmente visible, comenzó en los años cuarenta en la ciudad de Sinaloa. Sin ser narcotraficantes tan ostentosos, ya se veía un estilo particular entre ellos, lo que incluía cierto tipo de vestimenta y actuación. La población los reconocía no por la violencia, sino por el paternalismo, porque eran vecinos generosos que ayudaban a la gente a cubrir sus necesidades básicas. En este siglo, la narcocultura ha sido adoptada en diferentes latitudes, y cada grupo delictivo le ha impregnado su propia forma de ostentar ese habitar. Por supuesto, siguen existiendo normas generales, pero también hay muchas variaciones de país en país, y también entre las pandillas de cada lugar.

La narcocultura surge en el mundo del narcotráfico y se reproduce principalmente en él. Ellos son los creadores, emisores y receptores de sus propios códigos. El papel que nos corresponde a nosotros, a la población común y corriente, es el de ser testigos involuntarios de lo que en este espacio ocurre, ser receptores de su espectáculo. Por eso es tan diferente el concepto de narcoficciones y por eso es tan importante hacer esta distinción. Las narcoficciones no son igual que la narcocultura, tampoco son parte de ella porque —siguiendo el hilo de lo que he venido diciendo— las

[5] Sánchez Godoy, Jorge. "Procesos de institucionalización de la narcocultura en Sinaloa". *Frontera Norte*, vol. 21, no. 41, 2009, pp. 77-103.

[6] Córdova Solís, Nery, *La narcocultura: Simbología de la transgresión, el poder y la muerte*. Universidad Autónoma de Sinaloa, 2011.

ficciones que representan el problema del narcotráfico no son creadas por los grupos delictivos ni son consumidas por ellos. Tal vez sí consumidas —no tenemos cómo saberlo—, pero al menos no son hechas con esa finalidad, no están ahí para llevar mensajes de un bando a otro.

Las narcoficciones son productos artísticos que se generan en torno a estas costumbres del mundo criminal pero que son realizadas y consumidas por agentes externos. Toman los rasgos de la narcocultura para presentar, cuestionar y debatir, mediante artificios, el problema del narcotráfico. A veces lo hacen con mucha fidelidad y otras se alejan bastante de la realidad, pero esas son decisiones creativas de cada producción. No es equiparable, en ningún sentido, la peculiar forma de convivir que tienen estas bandas criminales con las manifestaciones artísticas que las recrean en productos culturales. Esta es una de las precisiones conceptuales que me parece fundamental realizar antes de empezar el análisis. Este libro se enfoca en la narcocultura y su masculinidad hiperviolenta. Ahí está lo que debemos cuestionar y combatir, no en las ficciones, como nos han hecho creer legisladores de todo el mundo, entre ellos, los diputados chilenos de Renovación Nacional, José Miguel Castro y Ximena Ossandón.[7]

Las narconarrativas representan, eso sí, una línea más porosa, porque son un espacio indeterminado. Podríamos decir que se trata de un intermedio entre la narcocultura y las narcoficciones. Hay manifestaciones culturales que no son propiamente ficción, y con ello me refiero a los documentales sobre el narcotráfico, las crónicas periodísticas, incluso a la música en algunos casos. Estos productos, las narconarrativas, son esos documentos de nuestro tiempo que hablan, retratan y reflejan todo lo que está ocurriendo en este narcomundo, pero

[7] González, Alberto. "Proponen ley para prohibir música y videos que fomenten consumo de drogas y armas en los colegios". *BíoBío*, 1 de julio de 2022.

que tampoco están creadas para el consumo de los miembros de los grupos delictivos, ni son realizadas por ellos. Por eso son productos que prefiero clasificar de manera diferente. No son parte de la narcocultura, pero tampoco son artificios estéticos. Si queremos entender el fenómeno del narco en todas sus variables, para eventualmente proponer soluciones, es necesario que entendamos cada uno de estos conceptos de manera clara. No nos podemos seguir confundiendo entre la realidad y la ficción.

Este libro es una narconarrativa sobre la narcocultura, que enfatiza en la expresión de esta masculinidad hiperviolenta de machos en precario. El centro del relato es Chile y México, pero también se puede extender a los grupos, pandillas y cárteles latinoamericanos y de otros continentes, como lo refiero cuando elaboro ciertos cruces con otras narcoculturas. Como intentaré demostrar, los ritos, las costumbres, su forma de vida, son constantes pruebas de una hombría que se vive de manera inestable. Quienes ingresan al narcomundo parecen ser, principalmente, jóvenes que conciben su masculinidad como frágil y por ello necesitan visibilizar, hasta el punto del espectáculo, que sí son lo suficientemente machos. La angustia de la hombría se conjuga con la angustia etaria. Al ser una población estigmatizada, excluida y sin sentido de futuro, se convierten en presa fácil de grupos delictivos que no solo les prometen lujos y dinero, sino principalmente reconocimiento, una pandilla, algo cercano a una familia. Para permanecer en esa homosociabilidad deben asumir los rasgos estereotípicos de lo viril, como la violencia y los riesgos.

Como he intentado aclarar desde el principio, esta idea no es nueva ni es completamente original. Este libro es resultado de una reflexión que no habría sido posible sin el aporte de académicos que la precedieron. Quiero reconocer en esta genealogía a Guillermo Núñez Noriega y a Claudia

Espinoza Cid, quienes fueron de los primeros en estudiar que la narcocultura es un dispositivo sexogenérico que implica representar una masculinidad hegemónica para quienes buscan pertenecer a esta pandilla de machos.[8] También a Marco Núñez-González, quien ha estudiado "el campo buchón", para visibilizar que este narcoterritorio es un espacio de fuerza en el que las masculinidades se organizan según ciertas jerarquías para disputar capitales, no solo económicos, sino sociales, simbólicos y bélicos.[9] Por supuesto, no puedo dejar de mencionar a Sayak Valencia, quien fue una de las pioneras en vincular la masculinidad, la juventud y el capitalismo como fuente del problema del narcotráfico.[10] Y a Lilian Ovalle y a Rodrigo Ganter, quienes, desde México y Chile, respectivamente, comenzaron con el catastro de ritos narcoculturales. Todas las ideas que expreso tributan de una u otra manera de estos aportes previos.

Este libro se compone de tres partes. En el primer capítulo trato de dar cuenta de cómo la narcocultura se convirtió en algo público y todos nosotros nos vimos involucrados en esta manifestación de la masculinidad. También busco encontrar respuestas a ello en la criminalización que nuestros gobiernos han hecho a los jóvenes, porque estas inseguridades no surgen de la nada y me parece importante voltear a ver cuáles han sido nuestros fracasos como sociedad para que hoy tengamos este problema tan enorme con respecto al narcotráfico. En el segundo apartado menciono algunos de los ritos más llamativos de la narcocultura, tanto en Chile como en México,

[8] Núñez Noriega, Guillermo y Claudia Espinoza Cid. "El narcotráfico como dispositivo de poder sexogenérico: Crimen organizado, masculinidad y teoría *queer*". *Estudios de Género de El Colegio de México*, vol. 5, no. 3, 2017, pp. 90-128.

[9] Núñez González, Marco. *Hombres y masculinidades en la narcocultura y el campo buchón*. 2017. Universidad Autónoma del Estado de Morelos, tesis para optar al grado de doctor maestro en Ciencias Sociales.

[10] Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Melusina, 2010.

y explico cómo estas costumbres dan cuenta de esa virilidad inestable que busca ser ostentada hacia nosotros como testigos. Y, como en toda regla hay excepciones, el tercer apartado lo dedico a mostrar y analizar las fisuras de esta masculinidad. La religión como muestra de una vulnerabilidad, las mujeres que han sido líderes en la industria criminal y la narcoestética como la apropiación de conductas que generalmente han sido asociadas a lo femenino.

A lo largo de estas páginas recurro a ciertos eventos noticiosos, personajes históricos y actuales. Todo está apoyado en investigaciones académicas, en artículos periodísticos, pero también en los discursos que circulan popularmente y que reproducen o se distancian de las versiones oficiales que los gobiernos han entregado. Una selección de este tipo me ayuda a dar una visión de conjunto y, por lo tanto, no busca profundizar en cada uno de estos eventos. Estas páginas son un acercamiento a ciertas prácticas y costumbres de quienes pertenecen a las filas del crimen organizado y están estructuradas en torno a la hipótesis de esta ostentación de la masculinidad precaria. Cada una de las viñetas que acá presento podrían ser (deberían ser y muchas veces han sido) libros enteros, documentados y necesarios de revisar. Acá solo pongo algunas historias, datos e ideas. Espero que esta no sea una limitante, sino una invitación a hacernos preguntas, a ahondar en cada una de estas tramas que componen lo que hoy llamamos narcocultura.